

El país que no quiere crecer

Alfredo Acle Tomasini©

Jueves 11 de Diciembre: Ambiente de kermesse en la Cámara de Diputados. Varios de ellos, como niños malcriados, compiten por hacer el gesto más chusco que ridiculice al contrario y divierta a la concurrencia; desde las curules, gritos envalentonados y verduleros hacen caso omiso del protocolo parlamentario, y se lanzan para callar a quien en legítimo derecho le corresponde la palabra. Patético, el presidente de la Cámara llama inútilmente a la cordura. Asombrados, los mexicanos contemplamos con vergüenza el espectáculo. Sabemos que trasciende nuestras fronteras. Pensamos en los jóvenes que lo presencian; en la gravedad de los asuntos que ahí se discuten y no se resuelven, y en lo lejos, muy lejos, que estamos de ser en verdad un país de instituciones.

Las recriminaciones posteriores así lo confirman. En lugar de revisar a fondo que nos tiene atascados en el pantano, es más sencillo el señalamiento automático del presunto culpable. Sobre él se descarga la ira. Pero esto, no es más que un recurso taimado para evadir la responsabilidad de un fracaso que no es individual sino colectivo. Aquí, todos perdimos. Aquí, hay más de un responsable.

La frustración nubla la memoria. En espera de una mayoría en el congreso, se difirió por un año el envío de la propuesta de una reforma fiscal, que hasta el hartazgo se califica de urgente, y que en cambio hoy se insiste en las consecuencias negativas de su retraso. Empero, se prefirió esperar las caras nuevas, que aunque noveles en los menesteres legislativos se suponían iban a ser mayoritariamente amigas, en lugar de regresar con las mismas, que antes habían rechazado un planteamiento similar. Quizá, hubiera sido preferible aprender de las razones del rechazo original, para construir sobre de ellas un acuerdo definitivo. De esta manera, se pasó por alto el riesgo de que éstas se convirtieran – como ocurrió – en promesas de campaña, que bien capitalizó la oposición incrementando su presencia en la Cámara.

Pero también en esa búsqueda tenaz del culpable, se asoma con crudeza la contradicción entre ese México que deseamos nazca y ese México que no acaba de morir. Así, sin disimulo, sin ni siquiera darse cuenta de lo que estaban diciendo, y en franca añoranza del poder político vertical, hubo quienes reclamaron airados el incumplimiento de compromisos que ellos hicieron en privado y que se suponía debieron materializarse en instrucciones puntuales del presidente del PRI a los diputados de su partido, para que sin chistar, votaran como él les ordenaría. Tampoco hubo empacho en admitir, que como jefes oficiosos de los representantes federales de sus estados, algunos gobernadores presionaron a éstos para que su voto se orientara en la dirección que ellos deseaban.

Que pronto se olvidó cuando celebrábamos la independencia del Poder Legislativo del Ejecutivo, y decíamos que habían quedado atrás los tiempos cuando los diputados no eran más que dóciles personajes, cuyo trabajo se limitaba a levantar la mano cuando así se le pedía. Hoy en cambio parece exigirse el retorno a la vieja disciplina. Sí, que actúen como le digan sus jefes, y desde luego, que no se crean eso de que son un poder soberano, que emana del pueblo y que a éste sirve.

El señalamiento de culpables desfoga la frustración. Mientras que la suma de aliados posiblemente reconforta. Pero más allá de la catarsis, estas actitudes poco o nada ayudan a resolver la situación en la que nos encontramos. Ojalá todo se resumiera a unos cuantos personajes, bastaría hacerlos a un lado.

La principal enseñanza del rechazo a la reforma fiscal, es que para alcanzar los grandes acuerdos nacionales se requiere de nuevos enfoques y métodos de trabajo, muy distintos de los que hasta ahora se han seguido y que privilegian el consenso entre las cabezas, relegando a un segundo plano la construcción de consensos entre bases más amplias, y que seguramente son menos dóciles de lo que se ha supuesto.

Lograr esto implica un amplio esfuerzo y un plan de trabajo que vaya sumando voluntades, pareceres y logrando acuerdos parciales. En paralelo es indispensable comunicar y hacer consciente a la sociedad de las implicaciones de los temas que se discuten, dado que además de ser en extremo heterogénea, ésta no lee, por lo que su opinión de los asuntos públicos depende en gran medida de lo que oye.

¿Por qué no aprendemos a no volver a tropezar con la misma piedra? ¿Qué es mucho pedir que se organice un esfuerzo, para que trabajando en un lapso de tres meses podamos tener una verdadera estrategia para financiar nuestro desarrollo? No crece quien no aprende, y menos los que no se atreven a recorrer nuevos caminos.